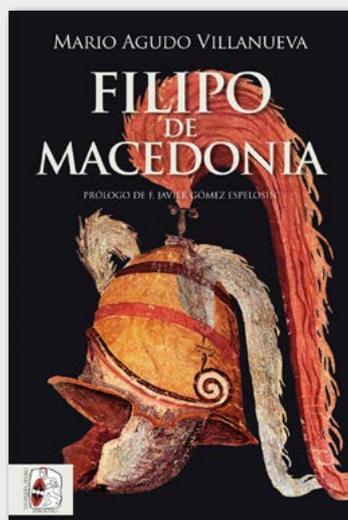


Filipo de Macedonia: un estadista olvidado por la historia

La exhaustiva biografía de un estadista brillante, creador de una maquinaria militar invencible, hábil diplomático y astuto negociador. Sin Filipo de Macedonia no hubiera existido el Alejandro Magno conquistador.



Filipo de Macedonia
978-84-127443-8-5
416 páginas + 8 en color
15,5 x 23,5 cm
Rústica con solapas
P.V.P. 26,95 €

Filipo de Macedonia, conquistador de Grecia, forjador de la falange, estadista genial, y, sin embargo, eclipsado por dos colosos contemporáneos: Demóstenes, su gran antagonista, y su propio hijo, Alejandro Magno, acaso la figura más célebre de la Antigüedad. Si el orador dibujó en sus ácidas Filípicas el retrato de un tirano que acabó con la democracia ateniense, el vástago de Filipo empujó los logros de su progenitor, llevando su planeada invasión del Imperio persa hasta donde ningún griego hubiera siquiera soñado. Nada hubiera sido posible sin los sólidos cimientos plantados por su padre. La irrupción de Macedonia en el siglo IV a.C. coincidió con el declive de las hasta entonces potencias hegemónicas en la Hélade, Esparta, Tebas y, sobre todo, Atenas, desplazadas en apenas unos años por ese reino periférico. Filipo fue el gran artífice de esta transformación, por lo que la propaganda política de sus rivales le presentó como un hombre despiadado y sanguinario, oportunista y calculador, embaucador, borracho y mujeriego, un tirano dispuesto a todo por reducir a los griegos a la esclavitud. Una imagen afianzada en el imaginario colectivo, donde la figura de Alejandro Magno se dibuja a partir del turbulento triángulo afectivo que formaba con sus progenitores, Filipo, un padre beodo y maltratador, y Olímpíade, una madre mística, posesiva y conspiradora. Sin embargo, el análisis de las fuentes literarias y arqueológicas permite liberarnos de esa imagen para descubrir a un gobernante capaz de rescatar del abismo a un reino desahuciado, de reformar el ejército hasta convertirlo en una máquina invicta, de manejar los hilos de la diplomacia griega con una astucia formidable y de explotar los recursos naturales de su territorio para convertir a Macedonia en la mayor potencia económica, política y militar del momento. Si no podemos entender el mundo antiguo sin Alejandro, no podemos entender Alejandro sin Filipo.



Mario Agudo Villanueva (Madrid, 1977). Licenciado en Periodismo y MBA. Ha compaginado su carrera profesional en el mundo de la comunicación con trabajos de investigación y divulgación en el campo de la historia. Ha sido director de Románico y Mediterráneo Antiguo y colaborador de espacios de radio como Ser Historia. Forma parte del consejo editor de Karanos. Bulletin of Macedonian Studies y es autor de *Palmira. La ciudad reencontrada* (2016), *Macedonia. La cuna de Alejandro Magno* (2016), *Atenas. El lejano eco de las piedras* (2018) y *Hécate. La diosa sombría* (Dilema, 2020), entre otras obras. Es, además, autor de diferentes capítulos en obras colectivas y ha publicado artículos en revistas como *Historia National Geographic*, *Muy Historia* y *Desperta Ferro*.

En librerías el miércoles 31 de enero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



LAS CLAVES DEL LIBRO

Un exhaustivo estudio del estadista, estratega y diplomático que alumbró una era dorada para el pequeño reino de Macedonia.

Una mirada a las fuentes escritas, la arqueología y los debates sobre el rey macedonio que se produjeron en la Antigüedad.

Una detallada panorámica sobre el reinado de Filipo II de Macedonia, sus bases y las diversas campañas militares que en poco más de veinte años le llevaron a ser el líder de una liga helénica y quien lo dejó (casi) todo dispuesto para su hijo Alejandro Magno.

Un recorrido crítico por la política interior y exterior, las relaciones diplomáticas, alianzas matrimoniales, las reformas militares y las hazañas bélicas del rey macedonio.



DOSIER DE PRENSA

CINCO COSAS QUE NO SABÍAS SOBRE FILIPO DE MACEDONIA

Filipo era polígamo

Filipo se casó con siete mujeres, incluso se especula con que pudo tener una octava. No se trata de una rareza personal, pues los reyes macedonios eran polígamos, incluido su hijo Alejandro. La política matrimonial era esencial en el establecimiento de relaciones diplomáticas con otros estados y proporcionaba posibles sucesores al trono.

Filipo no era un borracho

El banquete era una institución macedonia de gran importancia. Todos los hombres que participaban en él bebían vino en grandes cantidades, pero eso no significa que Filippo fuera un personaje nublado por la bebida, como quedó retratado en las fuentes y en la ficción. Estamos ante uno de los tópicos más extendidos en relación con la figura del monarca.

Filipo prefería el diálogo a la guerra

A diferencia de lo que suele pensarse, Filippo era más partidario de la acción diplomática que de la guerra, si bien no le temblaba el pulso a la hora de recurrir a las armas. Tendió su mano a Atenas en varias ocasiones, pero en la mayoría fue rechazado.

Filipo tuvo un cara a cara con Demóstenes en el que el orador se quedó sin respuesta

Se cuenta que cuando los embajadores atenienses acudieron ante Filippo para la negociación de la paz de Filócrates en el 346 a.C., al llegar el turno de palabra de Demóstenes, el orador se sintió tan intimidado por la figura del rey macedonio que se quedó en blanco.

Filipo se esmeró en la educación de su hijo

Tradicionalmente se ha presentado a un Filippo más preocupado de los asuntos de gobierno que de su familia, sin embargo, desde que Alejandro era un niño, su padre se esmeró en su formación. Designó a Aristóteles como su tutor principal, aunque no fue el único, con el fin de que recibiera la mejor formación posible para emprender en un futuro las tareas del gobierno.

DOSIER DE PRENSA



SUMARIO

Filipo de Macedonia explicado por Mario Agudo Villanueva

EN POCAS PALABRAS

Filipo de Macedonia, que ha pasado a la historia como el padre de Alejandro Magno, fue mucho más que el simple progenitor de un hombre de leyenda. No es descabellado afirmar que la gesta del célebre conquistador macedonio no habría sido posible sin el legado paterno. Diodoro de Sicilia lo consideró, no sin falta de razones, el rey más importante de su época. Filippo fue un estadista, un hombre capaz de rescatar del abismo a un reino condenado a la más absoluta insignificancia gracias a su formidable visión estratégica, a su habilidad diplomática y a su determinación en el campo de batalla. Perfecto conocedor de los resortes que movían el escenario político heleno, el argéada supo jugar sus cartas de forma oportuna para imponerse como hegemón de los griegos.

La irrupción de Filippo en el panorama del siglo IV a.C. coincidió con el declive de las que, hasta el momento, habían sido las potencias hegemónicas de la Hélade: Atenas, Esparta y Tebas. El viejo sistema de participación política de las *poleis* languidecía ante el vigor de la monarquía macedonia. Demóstenes, el célebre orador ático que enarboló la resistencia contra el enemigo del norte, explotó en sus numerosos y contundentes discursos contra Filippo la idea de la confrontación entre dos formas de entender el gobierno: la libertad frente a la tiranía. El político ateniense, cuya postura alcanzó la más recalcitrante intransigencia, se convirtió en el adalid de la guerra como única salida al conflicto. La retórica de la confrontación, que le llevó a la denigración personal de su rival, arrastró a su ciudad a una contienda bélica que estaba prácticamente condenada a perder.

El eje argumental de la propaganda contra Macedonia caló hasta tal punto que manchó para siempre la imagen de Filippo. Su figura se rescata como sinónimo de amenaza de los regímenes democráticos. La historiadora londinense Adela Marion Adam (1866-1944) comparó la agresiva política expansionista de Adolf Hitler, que había sumido a Europa en una cruenta y desastrosa guerra cuyas peores consecuencias estaban todavía por llegar, con el gobierno del rey macedonio. Para Adam, el monarca heleno fue un tirano que acorraló con sus conquistas a la democrática Atenas, de la misma manera que el líder nazi había puesto contra las cuerdas al gobierno británico durante la Segunda Guerra Mundial. Frente a la figura de Hitler se erigía la de Winston Churchill, igual que contra la de Filippo se levantó la de Demóstenes. En nuestros días, esta engañosa comparativa ha vuelto a la actualidad como consecuencia de la Guerra de Ucrania. El pasado viernes 15 de diciembre de 2023, el diario *El País* publicaba

una columna de opinión bajo el título *Ucrania: Europa vive "su momento Demóstenes"*, en la que volvía a utilizar el símil histórico para afirmar que para Demóstenes, "lo que estaba en juego era la supervivencia de la Grecia de las ciudades libres y democráticas. Para nosotros, lo que está en juego es igual de existencial. La supervivencia de una Europa libre y democrática depende de una victoria ucrania".

En el caso de Filippo la historia no la escribió el vencedor. Prácticamente todos los testimonios que tenemos de su reinado se basan en la fecunda capacidad dialéctica de su máximo enemigo. No es de extrañar que su figura esté llena de tópicos en los que se mezcla la rivalidad política con el choque cultural entre dos mundos, el ateniense y el macedonio que, si bien compartían lazos comunes, estaban separados por profundas diferencias. Para muchos griegos sus vecinos del norte no eran más que bárbaros. La ficción cinematográfica y literaria explotó la imagen de un Filippo violento, de rudos modales, amigo de la bebida y mujeriego. La sombra de la tiranía recayó incluso sobre su propio asesinato, que fue descrito por las fuentes como el de cualquier otro tirano de la Antigüedad: a manos de un amante despechado. La figura de Alejandro Magno no solo ensombreció la de su padre, sino que contribuyó a perpetuar su imagen negativa, puesto que se ha tendido a explicar la personalidad del hijo en el contexto de la tempestuosa relación entre sus progenitores, cuyas figuras quedaron reducidas a simples estereotipos. En efecto, de la misma manera que Filippo aparece reflejado como un tirano, Olimpiade se muestra como una mujer mística, soberbia y manipuladora.

En esta biografía se pretende profundizar en los testimonios históricos y arqueológicos de Filippo y su época: la convulsa Hélade del siglo IV a.C. Una revisión crítica de las fuentes permite matizar buena parte de estos tópicos para devolver al personaje a su contexto, lo que permite explicar y comprender que la realidad del momento fue mucho más compleja que una simple lucha entre libertad y tiranía. El profundo proceso de transformación que experimentó la Grecia del momento está lleno de aristas, de una amplia gama de grises sobre la que es necesario profundizar para trazar la semblanza de uno de los personajes más determinantes de la Antigüedad.

UN DESARROLLO MÁS AMPLIO

El libro se divide en cuatro grandes bloques precedidos por una introducción arqueológica a los restos materiales del reinado de Filippo y un epílogo sobre su legado. "**Una tumba para el rey**", que es el nombre de la parte introductoria, aborda la controvertida cues-



tión de la identificación de la tumba II del Gran túmulo de Vergina, antigua Egas, con la de Filipo II. Existen dos hipótesis fundamentales: la tradicional, que mantiene la tesis de Manolis Andronikos, el arqueólogo que la sacó a la luz en 1977, que identifica el enterramiento con el del rey macedonio, y la revisionista, que propone que Filipo sería el morador de la tumba I, conocida como tumba de Perséfone, mientras que la tumba II sería la de su hijo Arrideo y su esposa Adea-Eurídice. En este apartado también se abordan otros yacimientos arqueológicos relacionados con la Macedonia del argéada, como los complejos palaciales de Egas, incluido el teatro en el que fue asesinado, y Pela, el Filipeo de Olimpia, la gran obra conmemorativa del triunfo del linaje de Filipo sobre los griegos.

La primera parte, **EL AVISPERO GRIEGO**, se compone de cuatro capítulos. En el primero, **“El espejo cóncavo. La visión del enemigo”** se aborda el problema de las fuentes. Casi todos los testimonios históricos que conservamos de la época de Filipo de Macedonia proceden de sus enemigos, puesto que los macedonios no dejaron huella escrita. La narración comienza con la obra Demóstenes, cuyas célebres *Filípicas* se centraron en convencer a sus conciudadanos del peligro

que representaba el rey macedonio para la libertad de los griegos. El orador ateniense no duda en desplegar toda clase de calumnias contra Filipo, tergiversa e hiperboliza al extremo con el fin de presentar la guerra como la única salida posible. Otro testimonio, que no se ha conservado íntegro, pero del que sí disponemos de amplios fragmentos, es la biografía de Teopompo de Quíos, historiador contemporáneo del siglo IV a.C. Este personaje vivió en la corte de Pela durante un tiempo, así que conocía de primera mano el mundo macedonio. La semejanza entre los testimonios de Teopompo y Demóstenes llevó a sugerir que el famoso informante al que el orador ático se refería en sus discursos no era otro que el historiador de Quíos. Sendos testimonios posteriores contribuyeron a profundizar en esta imagen negativa del rey macedonio, los de Pausanias y Ateneo, que escriben casi cuatro siglos después de la muerte de Filipo. Estos cuatro autores trazan una visión moralizante del personaje, criticando su carácter ambicioso, embaucador, mujeriego, borracho e impío. Para ellos, el rey de Macedonia era el causante de todos los males que acontecían a Grecia.

Por fortuna, no todos los testimonios de la Antigüedad fueron contrarios a Filipo. En el segundo

capítulo, **“Las dos caras de la verdad”**, se aborda la obra de Isócrates, preceptor del propio Teopompo de Quíos, un veterano intelectual ateniense convencido de la necesidad de que todos los griegos se unieran para enfrentarse a su gran enemigo: el Imperio persa. El político había dedicado a su vida a enseñar sobre el autocontrol, la importancia de la libertad y la autonomía, la naturaleza seductora del poder y el carácter destructivo de ciertas actitudes interesadas. Isócrates se dirige directamente a Filipo para convencerle de la necesidad de que asuma el liderazgo de una coalición formada por Atenas, Esparta, Tebas y Argos, las cuatro grandes potencias helenas. Solo de esta manera podrían superarse las rivalidades locales en busca de un objetivo común. La postura de Isócrates no es la única favorable al rey macedonio. Se ha conservado una carta de Espeusipo, sobrino de Platón y escolarca de la Academia entre el 348/347 a.C. y el 340/339 a.C., que se dirige al argéada en términos muy favorables.

En el fondo de este debate subyace un concepto fundamental en el devenir de los acontecimientos políticos griegos entre los siglos V y IV a.C.: la lucha por la hegemonía. El capítulo tercero, **“El juego hegemónico”**, explica la pugna continua entre Atenas, Esparta y Tebas por detentar el liderazgo de todos los griegos. Desde las Guerras Médicas, las *poleis* de la Hélade se habían tratado de organizar para hacer frente a un enemigo común: Persia. Pero para coordinar esfuerzos era necesario que todos renunciaran a parte de su autonomía en beneficio de quien detentaba el liderazgo. Esta cesión resultó, a la postre, conflictiva, ya que lo que comenzó por una unión voluntaria terminó degenerando en una relación de casi sometimiento a la potencia hegemónica. El primer caso fue el de la Liga de Delos, que forjó Atenas como alianza estratégica contra una eventual invasión persa. Los abusos de la capital del Ática, que se empleó con un autoritarismo desmedido ante los estados disidentes, terminó por conducir este proyecto común a un callejón sin salida. El temor de Esparta a la creciente influencia de Atenas desencadenó la devastadora Guerra del Peloponeso, que desgastó a ambas potencias hasta finales del siglo V a.C. La victoria lacedemonia le confirió la hegemonía, pero nuevamente se produjeron abusos que provocaron la reacción de Tebas, que acabó derrotando a Esparta para convertirse en líder de la Hélade. Esta dinámica no hizo más que dividir y debilitar a los griegos, que quedaron a merced de una nueva potencia emergente que gozaba con una decidida voluntad de acción: Macedonia.

La lucha por la hegemonía sobre los griegos tiene como base propagandística el concepto de panhelenismo, que consiste en la creación de un ideario que

proclama la unión de todos los helenos. Hasta el momento, todas las potencias hegemónicas de la Hélade formaban parte de la cultura griega, pero con la irrupción de Macedonia en el escenario político se suscitó un importante debate: ¿eran griegos los macedonios? A esta pregunta trata de dar respuesta el capítulo cuarto, **“Una cuestión controvertida. La helenidad de los macedonios”**. Se trata de un problema enquistado, que rebrotó con fuerza a finales del siglo XX. El núcleo principal de la antigua Macedonia se extendía entre lo que hoy es el norte de Grecia y parte de la actual Macedonia del Norte, surgida tras la desintegración de la antigua Yugoslavia. La independencia del estado eslavo provocó importantes tensiones nacionalistas y territoriales con sus vecinos helenos, controversia que vino acompañada de apropiaciones históricas. Aunque el estudio del pasado debería de ser independiente de estas polémicas contemporáneas, lo cierto es que, como en muchos otros casos, la historia se ha convertido en un instrumento más de reivindicación, lo que ha condicionado muchas de las hipótesis al respecto de la helenidad de los macedonios. En este capítulo se presta atención al testimonio de las fuentes antiguas, partiendo de una máxima de Heródoto, que consideraba griegos a todos aquellos que compartían la misma sangre, la misma lengua, santuarios y sacrificios comunes, costumbres y hábitos semejantes. Estos conceptos son el eje vertebrador de la última parte de este bloque introductorio.

El segundo bloque del libro, VOLVER A EMPEZAR, se centra en los primeros años de gobierno de Filipo, que tuvo que reflatar un reino casi desahuciado. El capítulo 5, **“Un reino amenazado”**, comienza con la muerte de Pérdicas III y cerca de cuatro mil soldados macedonios en una batalla contra los ilirios de Bardilis en el año 360 a.C. El hijo del monarca caído en combate, Amintas, era todavía un niño, incapaz de afrontar el reto de resistir a las amenazas que se cernían sobre el reino. Así irrumpe la figura de Filipo, hermano del fallecido, que asume con determinación las riendas de Macedonia para estabilizar sus fronteras, priorizar los problemas a los que tenía que hacer frente y consolidar los cimientos sobre los que reconstruir las maltrechas estructuras del reino, que se debatía entre la inestabilidad interna provocada por la desafección de la Alta Macedonia y las pretensiones de Argeo y Pausanias, candidatos al trono apoyados por atenienses y odrisios, respectivamente; y las tensiones fronterizas con ilirios y tracios. Consciente de la imposibilidad de afrontar tantos frentes a la vez, Filipo fue desactivando peligros poco a poco. Retiró la guarnición macedonia de Anfípolis como gesto de buena voluntad hacia Atenas para desactivar el apoyo que la potencia griega

había dispensado a Argeo, al que acabó apresando y ejecutando cerca de Metone. Llegó a un acuerdo con Cotis para que retirara su respaldo a Pausanias, de manera que pudo eliminar a otro pretendiente al trono. Aprovechó la muerte del rey peonio Agis para lanzar una ofensiva sobre su territorio, comprendido entre los ríos Axio y Estrimón, con el propósito de consolidar la frontera y obtener nuevos recursos materiales y humanos. Conjurados estos peligros, centró su atención en los ilirios, a los que derrotó en los alrededores de la actual Bitola. Asentadas las fronteras y controlados los territorios de la Alta Macedonia, Filipo estaba en disposición de centrarse en consolidar su reinado.

El capítulo sexto, **“Ultima ratio regis. El poder de la monarquía macedonia”**, se basa en explicar la peculiar relación de los reyes macedonios con su reino. Se puede afirmar que sin la figura del monarca, no existiría el estado. Cuanto más fuerte era el jefe del Estado, más poderosa era Macedonia: máxima autoridad política, militar y religiosa. El rey tenía el poder de movilizar y dirigir el ejército, disponer libremente de los ingresos del reino, pues era el propietario de los depósitos de oro, plata, hierro y cobre, así como de todos los bosques. Macedonia era una región rica en recursos naturales: disponía de minas de oro y plata en Bisaltia, Crestonia y Migdonia, vetas de cobre en Emacia, Crestonia y Anfaxítide, hierro en Pieria y Anfaxítide y, sobre todo, grandes explotaciones de madera; sin embargo, salvo este último negocio, fundamental para las grandes flotas de sus vecinos griegos, sobre todo Atenas, las minas de metales no solían explotarse con intensidad. Tenía, por tanto, el monopolio de las decisiones en el ámbito interno, pero también en política exterior: los acuerdos con otros pueblos y estados se cerraban en su nombre. Dirigía los rituales religiosos, realizaba los sacrificios a los dioses y presidía los festivales sagrados. También era el principal administrador de justicia. En la actitud de los soberanos teménidas se observa un acentuado paternalismo, como se evidencia en algunos testimo-



nios que nos han dejado las fuentes sobre el reinado de Filipo y de su hijo, Alejandro, que son los más ricos en datos. Para algunos investigadores, la monarquía macedonia era una forma de gobierno que tenía más de balcánica que de griega; para otros, estaba impregnada del ideal homérico, que llegaba a manifestarse, incluso, en sus rituales funerarios. Macedonia no era

un estado constitucional, pues no existía una ley escrita que sirviera como referencia. Los macedonios se guiaban por la costumbre y por el criterio de su monarca. Se aborda también en este apartado el espinoso debate sobre la asamblea macedonia, para algunos, un órgano de contrapeso de los poderes del rey; para otros, una institución tradicional sin poder efectivo.

El capítulo séptimo, **“Hacia una nueva forma de guerra. Precedentes de la reforma militar de Filipo”**, aborda los precedentes militares inmediatos que permiten explicar la reforma emprendida por el rey macedonio, a quien suelen atribuirse todas las mejoras introducidas en las fuerzas armadas del reino. Si bien es una atribución justa, al menos puede matizarse en algunos aspectos. En efecto, es cierto que Filipo confirió a su ejército un grado de competitividad nunca visto hasta entonces, pero también lo es que su mérito no reside tanto en innovar como en aprovechar una serie de avances que fueron madurando a lo largo de los siglos V y IV a. C., tanto en el contexto griego como en el macedonio. En este capítulo se repasa el modo de combate de los hoplitas, la introducción de este sistema en Macedonia, probablemente en época de Arquelaos; las tácticas de batalla de los tebanos Epaminondas y Pelópidas, que Filipo pudo conocer en época de su reclusión en la ciudad beocia o en las reformas introducidas por el general ateniense Ifícrates, quien tuvo relación con la casa argéada durante el reinado de Amintas III.

El capítulo octavo, **“El ejército de Filipo. Mito y realidad”**, profundiza en las reformas militares de Filipo. Sin duda, la más célebre fue la introducción de la sarisa, una lanza de largas dimensiones que, incorporada a la falange, proporcionaba una defensa inmejorable, pues mantenía a los enemigos a una distancia

notable. Este hecho permitió reducir el tamaño del escudo, que dejó tener las dimensiones del voluminoso *aspis*, cuyo peso y amplitud restaban eficiencia a la tropa, y modificar otros elementos de la panoplia. Existe un notable debate sobre diferentes aspectos en relación con la introducción de este tipo de lanza: cuándo se incorporó al ejército de Filipo, cuáles eran sus dimensiones, si también la portaban los jinetes o de qué manera se empleaba en el campo de batalla. A todos estos interrogantes se intenta responder en este capítulo, en el que se abordan otras mejoras, menos conocidas, pero de notable impacto en el incremento de la competitividad del ejército macedonio. En primer lugar, llama la atención su obsesión por el entrenamiento de la tropa, a las que sometía a una dura preparación física. Incidía de forma especial en el orden y la disciplina. Impulsó la reducción del tren de bagaje, clave para mejorar la movilidad y trabajó la maniobrabilidad en el campo de batalla. Por último, se índice en el ámbito de la poliorcética, que alcanzó con Filipo un importante grado de desarrollo.

El tercer bloque del libro, LA FORJA DE UN ESTADO, comienza con el noveno capítulo, **“Al otro lado del Olimpo. El rompecabezas tesalio”**, en el que se aborda la relación de Filipo con Tesalia, la región situada al sur del desfilado del Tempe, de gran importancia estratégica para Macedonia. Existe cierto debate historiográfico sobre la fecha de la primera intervención del rey macedonio en este territorio, pues ciertos indicios apuntan a que pudo ser en el 358 a.C., pero otros autores apuntan a una fecha más tardía. En todo caso, lo más importante de este capítulo es la profundización en las relaciones tesalio-macedonias desde años antes de la llegada de Filipo al poder para comprender los intereses de la emergente potencia en su vecina del sur. Las diferencias en el seno de la Confederación tesalio provocaron la intervención del rey en favor de los Alévadas de Larisa y, en la medida en que Tesalia tenía una importante implicación en el Consejo Anfictiónico de Delfos, constituyeron la puerta de entrada de Filipo a Grecia central. En efecto, la irrupción del macedonio en la política griega se produjo en el contexto de la Tercera Guerra Sagrada.

El décimo capítulo, **“Reyes carismáticos. Los lazos personales en el juego diplomático”**, está dedicado a comprender la influencia que la figura del monarca macedonio tenía en el establecimiento de relaciones diplomáticas. La casa argéada establecía lazos de ayuda recíproca, relaciones hereditarias entre familias y todo un sistema de favores que tenían en la cortesía su principal fuente de inspiración. Una sintonía que podía suponer no solo el intercambio de pequeños detalles o servicios, sino también ayuda po-

lítica o, incluso, apoyo militar. La generosidad constituía un principio básico de cortesía no solo en la corte macedonia, sino también en el resto de los reinos del norte. Los reyes acostumbraban a ofrecer regalos en forma de títulos, objetos de valor, tierras, fastuosos banquetes y ciertos privilegios a las personas cuya lealtad querían garantizar. Mediante suntuosos presentes, el monarca demostraba además su riqueza y poder, claros identificadores de su estatus de superioridad. La cultura del regalo, totalmente integrada en la política diplomática de Macedonia, suponía un considerable dilema moral para los embajadores griegos. Estamos, por tanto, ante un choque de costumbres. Demóstenes, dispuesto a afilar su daga contra Filipo ante cualquier oportunidad, consideraba tal clase de relaciones como auténticas prácticas corruptas.

La estrategia matrimonial de los reyes macedonios constituía la más alta realización de esta política de relaciones personales. Los monarcas argéadas eran polígamos y tan sorprendente costumbre para el resto de los griegos no era una opción personal, sino una necesidad política. Mediante los enlaces conyugales la monarquía establecía alianzas familiares que reportaban notables beneficios diplomáticos; algunos se diseñaban para obtenerlos a corto plazo; otros, a largo plazo. Los matrimonios contribuían a asentar las fronteras mediante la consolidación de relaciones con familias nobles de territorios vecinos, rubricaban el dominio del clan sobre pueblos conquistados y ampliaban las posibilidades de proporcionar un sucesor adecuado. No sabemos si, tras la motivación política, existía una inspiración amorosa, a pesar de que el testimonio de Plutarco deje entrever que, en los casos de Olímpide y Cleopatra, el rey macedonio se casó enamorado; de lo que sí tenemos constancia es de que la especial amplitud y heterogeneidad de la corte macedonia era una fuente perenne de inestabilidad, pues en un contexto polígamo las madres, sometidas a una situación de cierta inseguridad y presión, trataban de conseguir que sus hijos se convirtieran en sucesores del padre, lo que se traducía en una mayor proyección personal. El resultado de tal dinámica era la creación de un binomio político madre-hijo que constituía una fuente de enfrentamientos permanentes con el resto de las esposas. El estatus de cada mujer no solo dependía de los hijos que proporcionara, sino también de la importancia de su familia de origen o del carácter estratégico de su nación de procedencia. Filipo contrajo matrimonio con siete mujeres.

El capítulo undécimo, **“Nuevos horizontes. La campaña del Egeo”**, se centra en la primera y ambiciosa campaña de Filipo en el noreste del reino entre el 357 y el 356 a.C. Con el pretexto de que los habi-

tantes de Anfípolis le habían sido hostiles, y aprovechando que Atenas resolvía otros problemas en Eubea y la zona de los Estrechos, Filippo se presentó en la ribera del Estrimón con una fuerza considerable. Pudo aprovechar para ello la llegada de los fríos vientos del norte, los famosos etesios, que dificultarían la movilización de refuerzos del Ática o, incluso, el invierno, que habría impedido por completo el auxilio por mar. El rey macedonio desplegó sus máquinas de asedio y no tardó en conquistar la ciudad, lo que constituyó un duro golpe para los intereses de Atenas en la región. Poco después, Filippo se apoderó de dos ciudades estratégicas que garantizaban su salida al mar: por un lado, Pidna, localidad macedonia que había sido tomada por Atenas en tiempos de Timoteo; y por otro, Potidea, de la que expulsó a la recién establecida guarnición ateniense, enviada de regreso al Ática. Esta ofensiva despertó a Demóstenes, que desde entonces se convirtió en el portavoz de los enemigos de Filippo. La guinda de esta campaña fue la toma de Metone, en la que el rey macedonio perdió un ojo y la ciudad de Crénides, que pasó a llamarse Filipo. Este enclave estaba a las puertas del monte Pangeo, que albergaba en sus entrañas unas abundantes minas de oro. Esta cuestión pone sobre la mesa el impacto de la explotación de este yacimiento en las arcas del reino, con la que termina esta la narración de esta campaña.

El capítulo duodécimo, **“En nombre de Apolo. Filippo en el corazón de la Hélade”**, narra la intervención de Filippo en la Tercera Guerra Sagrada, en la que se vio involucrado por su relación con Tesalia. Los focidios se negaron a aceptar las duras sanciones que pretendía imponerles el Consejo Anfictiónico, influido por sus enemigos tebanos, y ocuparon el santuario con Filomelo a la cabeza en el 355 a.C. Los primeros intentos de recuperación del enclave resultaron infructuosos, así que se decidió declarar una guerra. Estas tensiones agudizaron las diferencias en el seno de la Confederación tesalia, dividida entre la casa de Feras y los Alévadas de Larisa. Los primeros recurrieron al focidio Onomarco, que había reemplazado al caído Filomelo, mientras que los segundos recurrieron a Filippo. Los primeros resultados fueron decepcionantes. Los macedonios fueron derrotados en sendas batallas, lo que supuso un serio revés para los intereses del rey, que pensó en la retirada como mejor opción para reorganizarse. A este momento corresponde esa famosa sentencia atribuida a Filippo: “no hui, sino que retrocedí como los carneros, para hacer de nuevo más fuerte la embestida”. En efecto, el regreso de las tropas macedonias, casi un año después, se saldó con la inapelable victoria en la sangrienta batalla del Campo del Azafrán. La Terce-

ra Guerra Sagrada no había terminado, pero estaba sentenciada. Las tropas macedonias se retiraron en las míticas Termópilas ante una fuerza combinada de Esparta y Atenas que impidió su avance hacia el corazón de Grecia.

El capítulo decimotercero, **“El ocaso de Olinto”**, aborda las intervenciones de Filippo entre su retirada de las Termópilas y la caída de la ciudad más importante de la Liga Calcídica: Olinto. En el 352 a.C. se dirigió hacia las puertas del Quersoneso, donde sometió una plaza que entregó a Perinto en señal de amistad. A su regreso, emprendió una campaña contra Arribas del Epiro como consecuencia de la cual se anexionó Tinfea, Atintania y Paravea y se llevó a su joven cuñado Alejandro como rehén a Pela, con el objetivo de situarlo como monarca en un futuro próximo. Una vez despejado el panorama de amenazas fronterizas, Filippo pudo centrarse en solventar el acercamiento progresivo de Olinto a Atenas. La capital del Ática estaba enfrascada en una fallida intervención en Eubea, lo que impidió que pudiera prestar ayuda a su aliada. Además, el rey macedonio había elegido un momento clave, pues los vientos etesios impedían la llegada de tropas desde el sur. Poco a poco fue tomando posiciones en el interior de la península calcídica para aislar a Olinto. La ciudad no tardaría en ser sometida. Filippo había despejado de enemigos el norte del Egeo.

El capítulo decimocuarto, **“La paz. Un espejismo en el horizonte”**, trata sobre el proceloso camino hacia la paz de Filócrates del 346 a.C. Filippo tendió la mano para el diálogo con Atenas. Propuesta que fue recibida con división de opiniones, pero que finalmente provocó el envío de sendas embajadas entre las que estaban Demóstenes y Esquines, que se convertirían en acérrimos enemigos a partir de entonces. El proceso judicial que se abrió entre ellos, que se ha conservado gracias a sus respectivas intervenciones, aporta una gran cantidad de datos, si bien se trata de testimonios sesgados, pues ambos trataban de defenderse mientras acusaban a la otra parte. Al mismo tiempo que se producían las deliberaciones por la paz, se resolvía la Tercera Guerra Sagrada. La resolución de ambas cuestiones dejó claro que había una potencia en auge: Macedonia y una antigua potencia en serio declive: Atenas. La paz reforzó la posición de Filippo, que tomó el control del Consejo anfictiónico, eliminó de un plumazo la resistencia de los focidios, mantuvo debilitada a la hasta entonces temible Tebas y dejó claro a Atenas quién detentaba la posición de fuerza. Pese a los beneficios derivados del acuerdo, no debemos considerarlo un fin en sí mismo, ni la piedra angular del proyecto de Filippo: simplemente, la paz de Filócrates fue un instrumento con el que el monarca macedonio

continuó desarrollando unas sólidas bases para su reino y rubricaba su posición hegemónica.

El cuarto bloque del libro, *SENDEROS DE GLORIA*, se inicia con el decimoquinto capítulo, **“La paz no es suficiente”**, en el que se describe la ruptura de los acuerdos entre Atenas y Filipo, lo que producirá, a la postre, el triunfo definitivo del macedonio. Los términos de la paz habían dejado claro que la supremacía macedonia sobre la capital del Ática. A pesar de los gestos de buena voluntad de Filipo, quien había liberado ya a los rehenes de Olinto para la fiesta de las Panateneas, tal y como había prometido, y había frenado la pretensión de los habitantes de Delos de arrebatarse a Atenas el control del templo de Apolo en la isla,³ la asamblea decidió no enviar ninguna delegación a los primeros Juegos Píticos que el argéada presidió tras el conflicto por el control de Delfos; un gesto que fue tomado como abierta animadversión hacia su persona. La tensión llegó a tal punto, que una delegación de la Anficiónía se presentó en Atenas para que sus ciudadanos reconsideraran su postura. Una vez pacificado el territorio griego, aunque solo fuera en apariencia, Filipo regresó a su reino para acometer tareas de gobierno pendientes. Consciente de la necesidad de consolidar la gran cantidad de territorio conquistado, emprendió un intenso programa de política demográfica. Las zonas objetivo de estos movimientos poblacionales pudieron ser diversas: la frontera noroeste, para proteger la cuenca del río Nesto; las proximidades del golfo Pagasético, al sur de Magnesia; la costa del monte Pangeo, Perrebia, las estratégicas y fértiles tierras de los lagos Licnitis y Prespa, y el valle del río Axio. La preocupación de Filipo por las fronteras de su reino no carecía de fundamento. En 345 a. C. intervino en Iliria con una gran fuerza, encabezada por el mismo rey, que a punto estuvo de costarle la vida. Después volvió a intervenir en Tesalia para tomar el control definitivo de la Confederación. El foco de sus acciones se trasladó después al Epiro, donde destronó a Arribas para colocar a su cuñado Alejandro como títere en el poder. La tensión en el Peloponeso, mientras tanto, ascendía. Cualquier acercamiento macedonio a las *poleis* de la región era considerado por Atenas como una terrible amenaza. Las hostilidades estaban a punto de reanudarse.

El decimosexto capítulo, **“Eubea, Tracia y los Estrechos. Interludio antes del clímax”**, se centra en tres focos en los que las relaciones entre Macedonia y Atenas entran en una crisis sin marcha atrás. Eubea, la vecina isla situada frente a las costas del Ática, en la que se había producido un intento de creación de una Liga Eubea, los intereses de ambas potencias acabaron colisionando. Por su parte, la situación en los Estre-

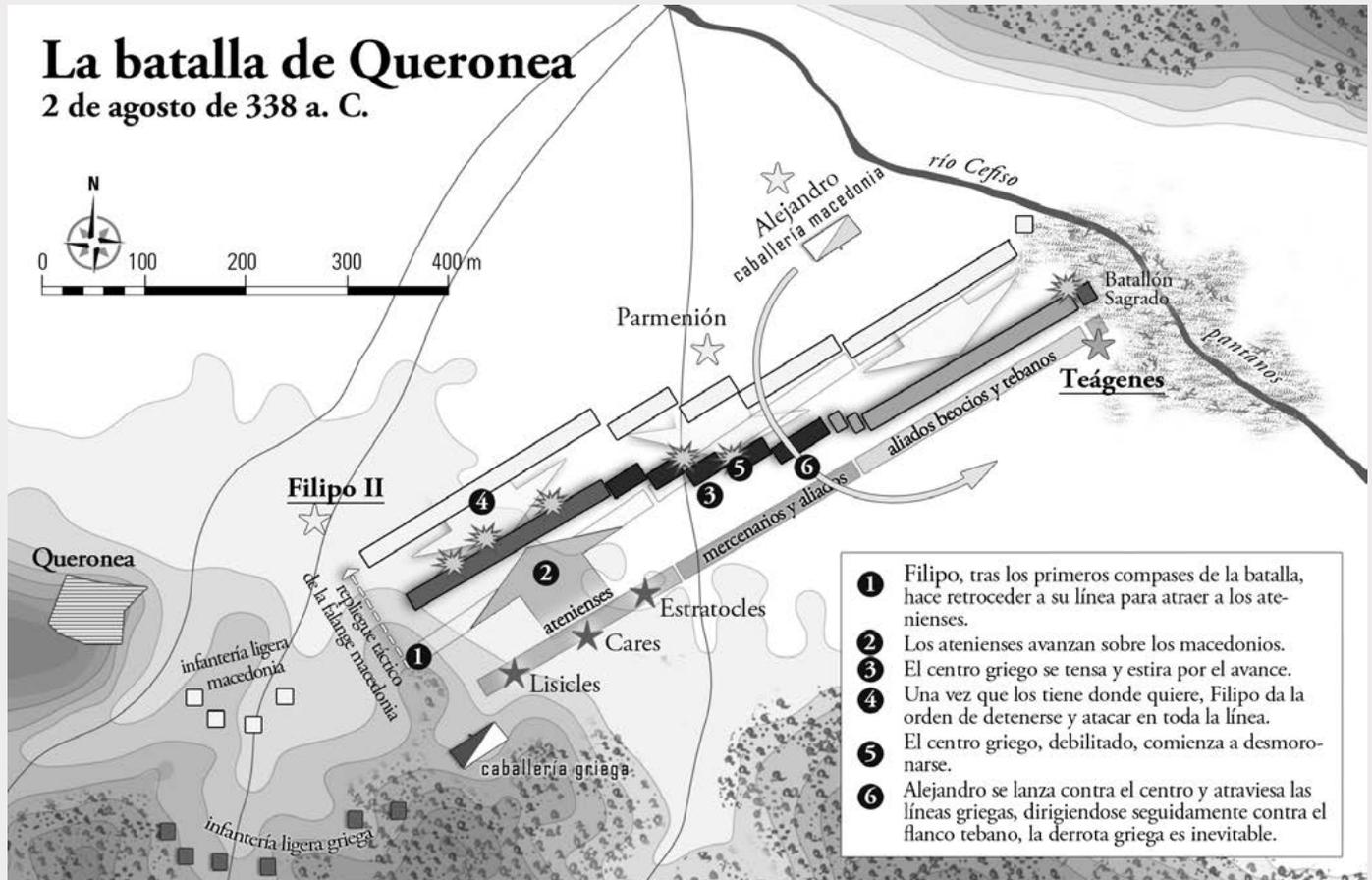
chos se iba calentando. Atenas se acercaba cada vez más a Perinto y Bizancio con el propósito de asegurar su abastecimiento de grano, procedente en su mayoría de las costas del Mar Negro. El avance de Filipo hacia el oeste le conducía peligrosamente hacia aquel territorio, en el que acabó por iniciar una ambiciosa ofensiva que se iniciaría en el año 341 a.C. Las ciudades de Perinto y Bizancio fueron asediadas sin éxito por los macedonios. Los defensores contaban con el apoyo persa además del respaldo de Atenas. El rey argéada se retiró, no sin antes asestar un terrible golpe de advertencia: incautó una flota de barcos atenienses cargada de grano. El *casus belli* estaba servido.

El decimoséptimo capítulo, **“La última defensa Queronea”**, narra los prolegómenos de la decisiva batalla en la que Filipo y Alejandro se impusieron sobre una alianza formada por Atenas y Tebas, entre otros estados griegos. El detonante fue una nueva Guerra Sagrada, la cuarta, en la que el Consejo Anficiónico declaró una operación de castigo contra Anfisa. Tras un intento fallido, el encargo le fue encomendado a Filipo, quien se dirigió al corazón de Beocia. Demóstenes, por su parte, había preparado el terreno para una alianza con sus antiguos enemigos tebanos. El combate constató la superioridad macedonia. Todavía hoy pueden visitarse sobre el terreno algunos de los hitos del terrible enfrentamiento: el León de Queronea, que se erigió para conmemorar a los tebanos caídos, y el túmulo de los macedonios, justo al otro lado del campo de batalla. Las excavaciones arqueológicas sacaron a la luz armas y huesos de los combatientes, que nos han permitido arrojar algo más de luz sobre la decisiva contienda. Filipo fue clemente con Atenas. Envio a su hijo Alejandro y a Antípatro, su hombre de confianza, a entregar las cenizas de los caídos y a negociar los términos de la paz. Se había iniciado una nueva era.

El decimoctavo capítulo, **“El retorno de los Heráclidas”**, detalla la campaña de Filipo en el Peloponeso. La casa real macedonia se preciaba de proceder de Argos, de manera que su incursión para controlar la célebre península adquiría la dimensión del mito del regreso de los descendientes de Heracles a su tierra de origen. La intervención de Filipo en el Peloponeso privó a Esparta de buena parte de su territorio, que el macedonio repartió entre los estados vecinos: Megalópolis recibió la Bleminátide –en el valle superior del Eurotas–, la Egítide, puede que la Escrítide occidental, parte oriental de Tegea y la Cariátide; Argos consiguió un viejo anhelo, la llanura costera de Cinuria, y quizás el litoral este del Parnón, hasta Prasias, al sur; y a Mesene se le entregó la Denteliátide y una parte de la costa del golfo oriental de Laconia. Un rediseño de fronteras que configuraba un cordón sanitario alrededor

La batalla de Queronea

2 de agosto de 338 a. C.



de la antigua potencia hegemónica, condenada a vivir separada del mundo griego. Filipo evitó pagar el coste propagandístico de liquidar a la antigua potencia, que había quedado reducida a su territorio de origen: los macizos montañosos del Parnón y el Taigeto, el valle del río Eurotas y las penínsulas de Mani y Malea.

Al fortalecer a sus aliados argivos, arcadios y mesenios, que le honraron poniendo su nombre a lugares y monumentos, Filipo desactivaba a Esparta, que no dejaba de constituir un riesgo para el próximo objetivo del rey macedonio: el Imperio persa. Su astucia estratégica se había impuesto a la intransigencia de Arquidamo, cuyo hostigamiento continuo a sus vecinos del Peloponeso le había conducido a un determinante aislamiento.

El decimonoveno capítulo, **"Hegemón de los griegos"**, se centra en la constitución de la Liga de Corinto, un término con el que los historiadores han bautizado al modelo político que permitió a Filipo alcanzar la posición hegemónica sobre Grecia. Perfecto conocedor de los resortes que movían los hilos de las relaciones diplomáticas entre los griegos y del funcionamiento interno de sus instituciones, el rey macedonio fue capaz de aprovechar la situación en su beneficio. Estamos ante un acuerdo de paz sobre el que se sustenta una alianza militar contra Persia, pero cabría señalar algunos matices: los Estados miembros tenían su libertad y autonomía garantizadas, con el compro-

miso de intervenir militarmente en su defensa si su integridad era amenazada; pero el acuerdo les obligaba a mantener las constituciones que estuvieran vigentes en el momento de la firma y combatir cualquier intento revolucionario que tratara de introducir cambios en la organización política de los estados miembros, lo que constituye, en la práctica, una vulneración de esta pretendida autonomía. Una incongruencia semejante se plantea con el asunto de las guarniciones: se mantenía la presencia macedonia en Tebas, Corinto, Calcis y Ambracia, lo que estaba en contra del clausulado del acuerdo. Se ha sugerido la posibilidad de que estos destacamentos desempeñaran la función de fuerzas encargadas del mantenimiento de la paz, puesto que ni siquiera Demóstenes, acérrimo enemigo de los macedonios, había criticado esta aparente incongruencia en su discurso *Sobre el tratado con Alejandro*.

Sin duda, lo más difícil de encajar en este complicado maridaje entre el principio de independencia de los Estados y la naturaleza de la Liga es el establecimiento de dos de sus puntos clave: el hegemón y el *synedrion*. Grecia entraba en una nueva era en la que el viejo Consejo anfitriónico de Delfos, que había sido la institución vertebradora de las acciones de Filipo en Grecia Central, ya no resultaba lo suficientemente apropiado; por ello, se impulsó la creación de un órgano supraestatal, el *synedrion*, que se reunía, al menos, dos veces al año para acordar los temas propuestos



por los proedroi, un comité permanente delegado de la organización de las sesiones. Sobre el papel, era el acuerdo de paz mejor desarrollado hasta el momento, pero fue impuesto por un conquistador, que desde su situación privilegiada tenía la capacidad de aprovecharlo en su beneficio. La reafirmación de la autonomía de las ciudades no contemplaba la retirada de las guarniciones que Filipo había estacionado en Tebas, Calcis, Corinto o Ambracia. El mantenimiento de las constituciones vigentes favorecía los intereses del macedonio, puesto que en muchos estados se habían producido golpes que instauraron a sus partidarios en el poder. Por último, y más importante, recibió poderes y garantías personales. Filipo fue nombrado hegemón y el tratado se comprometía a respetarle a él y a todos sus sucesores. El concepto político de la Paz

Común, que pretendía salvaguardar la autonomía de los estados griegos, se había convertido en el instrumento de dominación de un poder externo unipersonal y hereditario.

El vigésimo capítulo, **“Muerte en la escena”**, aborda el asesinato e Filipo en el teatro de Egea el día de la boda de su hija Cleopatra con su cuñado, Alejandro del Epiro. Las fuentes atribuyen el magnicidio a Pausanias, un amante despechado, pero los indicios apuntan a un asesinato por motivos políticos. La ampliación de las fronteras del reino no había eliminado las tensiones internas con los cantones de la Alta Macedonia. Muestra de ello es el matrimonio acordado entre Filipo y Cleopatra Eurídice, miembro de una familia influyente del reino. Entre los ajusticiados por Alejandro tras el asesinato están los hermanos de Lincéstide; el propio Pausanias, de Oréstide y el hijo de Pérdicas III, Amintas, que no había llegado a reinar por ser un niño a la muerte de su padre. Según el testimonio de las fuentes, cabría pensar que existía una fuerte oposición al rey que habría visto en el antiguo sucesor una alternativa al trono. En todo caso, muchos son los nombres

que se pusieron sobre la mesa, incluidos el de Olímpide y el propio Alejandro que, hoy por hoy, parecen descartados.

El libro concluye con un epílogo, titulado **“En el nombre del padre”**, en el que se repasa el legado que Filipo dejó a su hijo Alejandro, aprovechando para profundizar en su supuesta mala relación, que ha sido amplificada por la ficción. Precisamente se ha considerado oportuno introducir un apéndice en el que bajo el título **“Retrato de un tirano: la imagen de Filipo en la industria cultural”**, se analiza la imagen que las películas y novelas dedicadas a ambos personajes han proyectado sobre el gran público. Demóstenes generó el tópico con sus hiperbólicas y exageradas arengas y los medios contemporáneos lo fijaron en el imaginario colectivo.



ENTREVISTA AL AUTOR

Entrevistamos a Mario Agudo Villanueva, Licenciado en Periodismo y MBA. Ha compaginado su carrera profesional en el mundo de la comunicación con trabajos de investigación y divulgación en el campo de la historia. Ha sido director de Románico y Mediterráneo Antiguo y colaborador de espacios de radio como Ser Historia. Forma parte del consejo editor de Karanos. Bulletin of Macedonian Studies y es autor de numerosos ensayos históricos y artículos en revistas de Historia.

¿Por qué Filipo II y por qué hoy?

Hace unas semanas, el diario *El País* publicaba un manifiesto de intelectuales que aseguraban que Europa vivía su “momento Demóstenes”. Lo hacían en relación con la guerra de Ucrania para subrayar que era necesario luchar por nuestras libertades frente a la amenaza rusa. El paralelismo entre Vladimir Putin y Filipo de Macedonia, imagen del tirano, era evidente. No es la primera vez que se presenta a estos antiguos antagonistas, Demóstenes y Filipo, como símil de un conflicto contemporáneo. La historiadora Stella Marion Adams comparó a Winston Churchill con el orador ateniense en un revelador artículo titulado “Filipo ‘alias’ Hitler”.

Lo interesante no está en hacer comparaciones tan burdas entre personajes tan distantes en el tiempo, sino en analizar cómo las sociedades y sus líderes respondieron a los retos que se les presentaban. En el

fondo, aquellos remotos problemas eran, en esencia, semejantes a los nuestros. Hemos evolucionado mucho desde el lejano siglo IV a.C., pero nuestros impulsos como individuos y nuestras preocupaciones como sociedad no han variado en exceso.

Filipo fue uno de los primeros estadistas. Su historia es el ejercicio de un liderazgo sin parangón en Grecia. El macedonio se erigió en el principal referente de una época de profunda transformación, en la que un orden político en claro retroceso cedía ante un nuevo paradigma. Fue una historia de lucha por la posesión y explotación de los recursos naturales. Una historia de competencia por el control de rutas comerciales. Una historia en la que sentimos el drama de la guerra, el desarraigo y los movimientos forzados de población. Una historia de aspiraciones íntimas y personales, cuya comprensión se nos escapa casi por completo. Situaciones, todas ellas, que seguimos experimentando en el siglo XXI.

Nuestro pasado es un espejo en el que mirarnos, no tanto para no repetir los mismos errores, mantra que nunca cumplimos; sino como fuente de inspiración para enfocar nuestros problemas con cierta perspectiva, en especial en una época como la nuestra, en la que estamos más expuestos que nunca a una vertiginosa sucesión de acontecimientos que apenas tenemos tiempo de digerir. La historia no tiene sentido

«Filipo fue uno de los primeros estadistas. Su historia es el ejercicio de un liderazgo sin parangón en Grecia. El macedonio se erigió en el principal referente de una época de profunda transformación».

en cuanto mera recopilación de anécdotas, sino como herramienta de análisis de los impulsos, motivaciones, incertidumbres y retos que acecharon a las sociedades del pasado y que todavía nos conmueven, porque muchos de ellos siguen presentes en nuestros días.

¿A qué se debe esa polarización tan marcada entre Filipo y Demóstenes?

Filipo representaba una forma de gobierno superada para muchos griegos: la monarquía. Una monarquía, además, de tipo arcaico, podríamos calificarla incluso de homérica. El rey era la máxima autoridad política, militar, económica y religiosa. Dirigía la guerra y las relaciones diplomáticas, que se establecían en su nombre. Todo giraba en torno a su autoridad y carisma. Cuanto más fuerte era el monarca, más poderoso era el reino. Podemos asegurar que sin el rey, no existiría el estado macedonio. El rey es cercano a sus súbditos, pues cualquiera podía dirigirse a él en audiencia y, supuestamente, su poder estaba controlado por la asamblea de los macedonios en armas, aunque no existía una legislación que diese respaldo constitucional de ningún tipo. Regía la costumbre. La casa argéada se considera originaria de Argos, de ahí su nombre, es decir, exhiben su origen griego como elemento de prestigio y, a la vez, como rasgo diferenciador de sus súbditos. Como si en tiempos remotos este linaje, que sostenía proceder del tronco de Heracles, hubiera cohesionado a diferentes pueblos para forjar su reino.

Por su parte, Demóstenes representa los valores de la democracia ateniense, el sistema del que se dotaron los ciudadanos de la polis para su autogobierno. Pero era un régimen con sus limitaciones. Internas, porque excluía a mujeres, esclavos y extranjeros. Externas, pues los socios de Atenas vivían subyugados al interés de la potencia. Mientras los asuntos de la ciudad se debatían en la asamblea, los miembros de la liga sufrían la autoridad de la capital del Ática, hecho que provocó que muchos estados menores no vieran en Filipo a un tirano, sino un liberador. Así que, como siempre, la realidad se esfuerza en demostrarnos que entre libertad y tiranía hay una amplia gama de grises. Filipo tuvo sus partidarios en Atenas, como el célebre

Isócrates, o Espeusipo, sobrino de Platón y escolarca de la Academia, y es seguro que tuvo sus enemigos en Macedonia, lo que se intuye por su agitado final. Cualquier comparación entre pasado y presente, sin presentar el contexto adecuado, resulta excesivamente simplista.

¿Crees que el personaje sigue arrastrando el estigma de ser “el padre de”?

Sin lugar a dudas. Se trata de un estigma que hemos arrastrado desde la misma Antigüedad y que, durante mucho tiempo, fue alimentado por la historiografía, que solía construir la figura de Alejandro contra la de su padre. En efecto, para engrandecer la personalidad del héroe se tendía a plantear un origen conflictivo y difícil, a pesar del cual salió adelante para convertirse en leyenda. Sin embargo, esta imagen, que sigue muy arraigada en la ficción, ha sido superada en el ámbito académico. Podemos asegurar, sin miedo a equivocarnos, que sin Filipo no habría habido un Alejandro conquistador de Asia.

Sin embargo, entre manos tenemos mucho más que la vida de Filipo II. ¿Qué panorámica ofreces de su reinado?

Filipo accede al poder en una situación de crisis total. Toma las riendas de un reino acechado por enemigos externos (ilirios, tracios y atenienses) y por serias tensiones internas. Gracias a su visión estratégica, es capaz de afrontar los problemas en un estricto orden de prioridades. Aplaza unos, conjura otros, afronta los más urgentes. Es, además, un gran conocedor de la política griega, de la profunda división de las potencias tradicionales (Tebas, Atenas y Esparta), pero también de otros actores importantes, que van tomando protagonismo durante el siglo IV a.C., como la Confederación tesalia, la Liga calcídica o los focidios, que desempeñarán un papel determinante en las Guerras Sagradas. Filipo no tiene un plan para Grecia, ejerce su poder en clave macedonia, pero al afianzar y ampliar las fronteras de su reino, va integrándose de forma progresiva en los asuntos políticos griegos, lo que le lleva a chocar con Atenas, que será a la postre, su principal enemiga.

¿Fue realmente el gran líder y reformador militar que parece intuirse? ¿Cuáles fueron sus principales logros?

Macedonia era un reino que nunca había tenido protagonismo, ni siquiera a nivel local, a pesar de la enorme riqueza natural de su territorio. Estuvo bajo la órbita persa en tiempos de Alejandro I Filoheleno, pasó a aliarse con Atenas y/o Esparta en la Guerra del Pelo-

poneso y mantenía a duras penas su existencia ante las continuas incursiones de ilirios y tracios, por no hablar de la amenazante presencia de la Liga calcídica. Pues bien, Filipo supo revertir la situación, sacando el máximo rendimiento de los recursos de que disponía, para convertir a Macedonia en la potencia hegemónica de Grecia. Paradójicamente, el mundo heleno se unió bajo el yugo de un líder que muchos habían considerado un bárbaro, pero que sentó las bases para que la cultura griega se expandiera por toda Asia.

¿Y cómo consiguió convertirse en líder de una liga helénica? Porque en el libro no sólo hablas de hazañas bélicas.

Filipo era astuto. Supo ganarse el apoyo de muchos sectores de la sociedad griega, como pequeños estados que habían permanecido subyugados a las potencias tradicionales o grupos contrarios a los regímenes democráticos. Conocía los hilos que movían la política griega y los utilizó en su beneficio. Su incorporación al Consejo Anfictiónico de Delfos fue un punto de inflexión. Manejó con maestría las artes de la diplomacia, pero no le temblaba el pulso para intervenir militarmente. Es cierto que resulta mucho más fácil convencer con un poderoso ejército a tus espaldas, pero Filipo supo combinar ambos recursos y aplicarlos como mejor convenía. Por supuesto, cometió errores. No consiguió poner orden en la Alta Macedonia, lo que pudo provocar su muerte; fue derrotado por Onomarco en la Tercera Guerra Sagrada y fracasó en los asedios de Perinto y Bizancio, pero nada de esto resta mérito a su capacidad de gobierno.

También fue un gestor económico que convirtió una Macedonia desahuciada en la mayor potencia económica, política y militar del momento. ¿Cómo fue capaz?

Filipo tenía los pies en el suelo. Era, ante todo, prudente. Conocía sus puntos fuertes y débiles y esto le granjeó éxitos a corto plazo que fueron consolidando su poder. Supo aprovechar los recursos naturales de los territorios conquistados, integró en su ejército buena parte de las mejoras que se habían ido introduciendo en el escenario bélico griego a lo largo del siglo IV y, como he señalado, supo aprovechar mejor que nadie los puntos débiles de la política griega.

Todo ello haciendo frente a un poderoso enemigo como Demóstenes. ¿Por qué esta enconada rivalidad?

No siempre fue así, pero a partir de las campañas de Filipo en el norte del Egeo Demóstenes se da cuenta de que el macedonio es la gran amenaza de Atenas.

«El mundo heleno se unió bajo el yugo de un líder que muchos habían considerado un bárbaro, pero que sentó las bases para que la cultura griega se expandiera por toda Asia.»

Aunque el orador habla en nombre de la libertad de los griegos, solo busca el beneficio de su ciudad, pues anhela los tiempos en los que Atenas era la potencia hegemónica de Grecia. Consigue aunar esfuerzos contra Filipo, con una tenacidad y una capacidad retórica que le han hecho célebre. Pero esa política de confrontación permanente, a través de la demonización, la exageración e incluso la manipulación y la mentira, acabó arrastrando a Atenas a una guerra que estaba condenada a perder. Paradójicamente, Demóstenes ha pasado a la historia para muchos como el defensor de la libertad frente a la tiranía, pero la realidad histórica tenía muchos más matices.

En resumen, podríamos decir que Filipo II dejó casi todo dispuesto para que su hijo Alejandro se convirtiera en Magno...

Sí, pero también le legó problemas. Macedonia no estaba todavía suficientemente cohesionada. Es evidente que al final del reinado de Filipo hay tensiones con familias notables de la Alta Macedonia. Es posible que su postrero matrimonio con Cleopatra, emparentada con Atalo, pretendiera reducir esta tensión con los linajes más influyentes de esa región. Su asesino, Pausanias, era de Oréstide; mientras que dos de los ajusticiados por Alejandro tras el regicidio eran hermanos de Lincéstide. Así que es cierto que Alejandro heredó un formidable ejército, una envidiable educación y unos planes muy avanzados de la conquista de Asia, pero tuvo que someter a la Alta Macedonia y consolidar su hegemonía sobre los griegos.

¿Y cuál fue el papel que desempeñó Olimpíade, la madre?

No tenemos mucha información sobre el rol de las mujeres en la corte macedonia. Sabemos que constituían un recurso de gobierno, en cuanto que los matrimonios se acordaban con fines políticos, tanto para establecer relaciones diplomáticas, como para afianzar el control de territorios conquistados o producir posibles sucesores al trono. En este sentido, la mujer sí podía ejercer cierta influencia, en la medida en que su linaje aportara un determinado capital simbólico o estratégico que pudiera fortalecer la posición del futuro heredero. Pero ellas apenas tenían capacidad de decisión, de hecho, ninguna de las es-

«Filipo tenía los pies en el suelo. Era, ante todo, prudente. Conocía sus puntos fuertes y débiles y esto le granjeó éxitos a corto plazo que fueron consolidando su poder».

posas de Filipo recibe el título de reina, son solo esposas del monarca.

Olimpiade sufre, además, el estigma de femme fatale, que recae sobre muchas mujeres prominentes de la Antigüedad. Las fuentes nos la presentan aislada de su contexto epirota y macedonio. La retratan como una mujer mística, intrigante, ambiciosa y colérica, entregada a ritos con serpientes y a conspiraciones para que su hijo llegue a ser rey. Se dice que envenenó a Arrideo, el otro hijo varón de Filipo, o que incluso llegó a maquinar el asesinato de su marido. Todo ello es matizable, cuando no refutable.

Es posible que las mujeres de la casa real macedonia tuvieran un rol religioso, como la arqueología ha constatado en el caso de Eurídice, madre de Filipo. También existe una tradición epirota en relación con la medicina, asociada al linaje mítico de Aquiles, con el que se vinculaba la familia de Olimpiade. Por su parte, sabemos que acogió a Tesalónica tras la muerte de Nicesópolis, otra de las esposas de Filipo, así que tampoco debía de ser ese elemento tan desestabilizador que nos cuentan las fuentes. Hay que tener en cuenta que cuando Olimpiade se incorpora a la corte, el rey tiene ya cuatro esposas, quizás alguna de ellas ya fallecida, pero es evidente que semejantes antecedentes desmontan el mito de la mujer celosa, despechada y colérica que nos han dibujado. La falta de comprensión de las costumbres macedonias, por desconocimiento o desinterés, abrió la puerta a malas interpretaciones o, directamente, la manipulación propagandística.

¿Te atreverías a comparar la figura de Filipo y Alejandro?

Las propias fuentes lo hicieron continuamente. Alejandro adopta una línea conservadora. Mantiene los planes de su padre, incluso a sus hombres, la vieja guardia de Filipo. Es consciente de que debe servirse de ese legado para asegurar el reino. Quizás, la mayor diferencia entre padre e hijo es que el primero gobernó la mayor parte de su vida en clave macedonia y el segundo, lo hizo a una escala totalmente diferente. Los hechos históricos sugieren que Filipo era más prudente y diplomático, pero Alejandro demuestra también una enorme sabiduría. Es perfectamente consciente de cada paso que va a dar a lo largo de la campaña asiática. Planifica cada movimiento. Se informa, se do-



cumenta y decide. En el campo de batalla ambos derrochaban arrojo, exponían sus vidas, a veces de forma temeraria. Sobre la relación entre ambos se ha especulado en exceso, poco podemos aventurarnos en este farragoso terreno.

A modo de cierre, ¿qué nos dicen las fuentes sobre la personalidad de Filipo II? Porque la imagen popular que nos ha llegado de él es la de un tirano y un maltratador...

Las fuentes que nos hablan de Filipo son, en su mayoría, atenienses. Por un lado son sus enemigos. Por otro lado, pertenecen a una cultura diferente a la macedonia y, o bien aprovechan esas diferencias como recurso propagandístico contra su persona, o bien las critican desde el desconocimiento. Su fama de mujeriego puede atribuirse a una consideración negativa de la poligamia, totalmente asumida. Su fama de borracho puede relacionarse con la institución del banquete, de tanto arraigo en Macedonia. Su fama de embaucador y comprador de voluntades puede explicarse en base a que en los reinos del norte se utilizaba el regalo como muestra de poder y buena disposición diplomática. En definitiva, es necesario que examinemos el testimonio de las fuentes de una forma crítica, que no nos quedemos en la superficie. Solo así podremos deconstruir el tópico para acercarnos, aunque sea de forma hipotética, al verdadero Filipo de Macedonia.



Se permite la reproducción total o parcial de esta entrevista sin citar la fuente.

ÍNDICE Y FRAGMENTOS SELECCIONADOS

Prólogo

Prefacio

Introducción. *Una tumba para el rey*

Cronología

PRIMERA PARTE. EL AVISPERO GRIEGO

1. El espejo cóncavo. La visión del enemigo
2. Las dos caras de la verdad
3. El juego hegemónico. Atenas, Esparta y Tebas combaten por el liderazgo de los griegos
4. Una cuestión controvertida.
La helenidad de los macedonios

SEGUNDA PARTE. VOLVER A EMPEZAR

5. Un reino amenazado
6. *Ultima ratio regis*. El poder de la monarquía macedonia
7. Hacia una nueva forma de guerra.
Precedentes de la reforma militar de Filipo
8. El ejército de Filipo. Mito y realidad

TERCERA PARTE. LA FORJA DE UN ESTADO

9. Al otro lado del Olimpo.
El rompecabezas tesalio
10. Reyes carismáticos. Los lazos personales en el juego diplomático
11. Nuevos horizontes. La campaña del Egeo

12. En nombre de Apolo.

Filipo en el corazón de la Hélade

13. El ocaso de Olinto

14. La paz. Un espejismo en el horizonte

CUARTA PARTE. SENDEROS DE GLORIA

15. La paz no es suficiente
16. Eubea, Tracia y los Estrechos.
Interludio antes del clímax
17. La última defensa. Queronea
18. El retorno de los heráclidas
19. *Hegemón* de los griegos
20. Muerte en la escena

Epílogo. *En el nombre del padre*

Apéndice I

Retrato de un tirano: la imagen de Filipo en la industria cultural

Apéndice II

Reyes macedonios de la casa argéada

Matrimonios de Filipo y descendencia

Dimensiones de la *sarisa*

Glosario

Bibliografía

Índice analítico

DOSIER DE PRENSA

DESPERTA FERRO



EDICIONES

CAPÍTULO 2

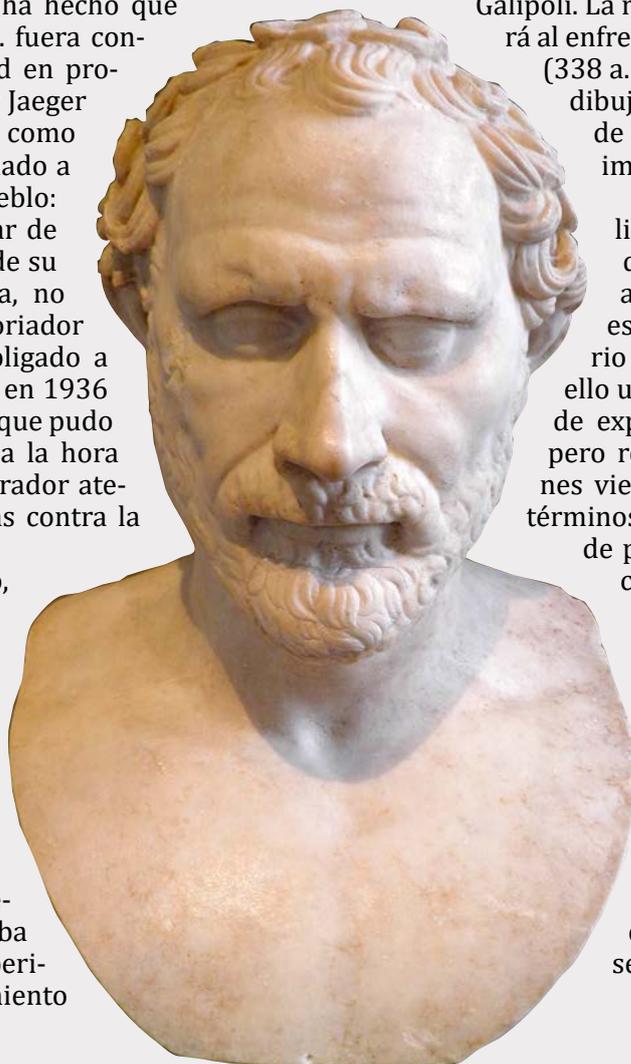
LAS DOS CARAS DE LA VERDAD

La historia no es bicolor: los acontecimientos se suceden en una amplia gama de grises, por lo que la comprensión de la realidad nos obliga a ir más allá de la primera impresión. El propósito principal de los discursos de Demóstenes era el de persuadir a la asamblea ateniense de la necesidad de movilizar recursos contra la amenaza macedonia. No dudó en silenciar, tergiversar o hiperbolizar los hechos para generar un estado de opinión favorable a sus proclamas, hasta el punto de que la realidad histórica resulta casi inescrutable.¹ La vehemencia de su testimonio caló con fuerza en siglos posteriores, hasta el punto de que la semblanza que trazó de su ciudad y de sus conciudadanos, a los que acusaba con frecuencia de indolencia, cobardía o conformismo, ha hecho que la Atenas del siglo IV a. C. fuera considerada como una ciudad en profunda decadencia. Werner Jaeger presenta a Demóstenes como una especie de faro destinado a sacar del letargo a su pueblo: «el momento del despertar de los griegos es también el de su ruina nacional», sentencia, no sin dramatismo, el historiador alemán.² Jaeger se vio obligado a abandonar su patria natal en 1936 hostigado por los nazis, lo que pudo influir de forma decisiva a la hora de destacar el papel del orador ateniense en sus advertencias contra la tiranía.

Atenas, sin embargo, vivió momentos decisivos a comienzos del siglo IV a. C. Bajo la exigente sombra de la edad dorada de Pericles, la capital del Ática había iniciado un largo proceso de recuperación de la guerra del Peloponeso.³ Una mejoría que está lejos de la decadencia de la que hablaba Jacob Burckhardt.⁴ Se experimentó un ligero crecimiento

demográfico; la actividad cultural se mantuvo, aunque hayamos perdido muchas de aquellas creaciones; las infraestructuras social y religiosa no experimentaron cambios significativos; hubo cierta pujanza económica y se acometieron intensas reformas democráticas que contribuyeron a garantizar una deseada estabilidad política. La ciudad se alejaba así de los turbulentos años vividos durante los dos experimentos oligárquicos de finales del siglo V a. C.⁵ Hasta los reproches de Demóstenes sobre la cobardía de los atenienses pueden ponerse en tela de juicio: en el año 352 a. C. apoyaron a los focidios para frenar a Filipo en las Termópilas y, en esas mismas fechas, el general Cares toma posiciones en el Quersoneso, actual península de Galípoli. La resistencia militar ateniense llegará al enfrentamiento definitivo de Queronea (338 a. C.).⁶ Si la Atenas que Demóstenes dibuja en sus discursos está tan lejos de la real ¿qué pensar entonces de la imagen que proyecta de Filipo?⁷

El orador ateniense trata de liberar a su pueblo de la paralizadora impresión que causaba el avance del monarca macedonio; es vehemente porque cree necesario sacudir conciencias. Emplea para ello una gama temperamental y modos de expresión propios de la vida real,⁸ pero resulta complicado que Demóstenes viera a su oponente en los mismos términos que lo describe.⁹ Sin que sirva de precedente, en alguno de sus discursos se vislumbra una cierta admiración: reconoce que el entrenamiento de su enemigo para la batalla es mejor que el ateniense¹⁰ y que, en lo que se refiere a la gestión de la guerra, tiene ventaja, pues Filipo es dueño y administrador de su ejército,¹¹ hasta el punto de conceder que lo admirable sería que «sin hacer nada de lo que constituye el deber de un combatiente, superásemos a quien lo hace todo».¹²



CAPÍTULO 4

UNA CUESTIÓN CONTROVERTIDA

En el centro del huracán dialéctico que suscitó la figura de Filipo entre los atenienses encontramos una cuestión que choca frontalmente con los planteamientos panhelénicos ¿eran griegos los macedonios? La negación de la helenidad de los vecinos del norte era una poderosa arma propagandística que sus enemigos no dudaban en esgrimir. Isócrates se remonta al mito para enarbolar una defensa étnica de la cuestión, mientras que Demóstenes la refuta mediante un despiadado ataque cultural.¹ El primero considera helenos a los que comparten la misma educación, por encima de los lazos de sangre:

Nuestra ciudad aventajó tanto a los demás hombres en el pensamiento y oratoria que sus discípulos han llegado a ser maestros de otros, y ha conseguido que el nombre de griegos se aplique no a la raza, sino a la inteligencia, y que se llame griegos más a los partícipes de nuestra educación que a los de nuestra misma sangre.²

Sin embargo, no parece que esta afirmación sea extensible a todos los macedonios, ya que el propio orador ateniense solo considera griegos a sus reyes, tal y como evidencia el siguiente fragmento referido a la fundación del reino:

Aquél se despreocupó totalmente del territorio griego y buscó establecer el reino de Macedonia. Sabía, en efecto, que los griegos no están acostumbrados a soportar monarquías, pero que otros no pueden administrar su vida sin esta dominación. Y ocurrió que, a causa de su singular conocimiento sobre esto, su reino resultó muy diferente de otros. Porque fue el único griego que quiso mandar sobre un pueblo de origen diferente, y el único que pudo escapar a los peligros que hay en las monarquías.³

Por desgracia, no todo es tan claro como argumenta Isócrates. Estamos ante un problema que trascendió los límites del siglo IV a. C. para resurgir en los años noventa del siglo XX, secuestrado por los intereses nacionalistas que protagonizaron el traumático proceso de desintegración de la antigua Yugoslavia: un conflicto diplomático entre el Estado eslavo de Macedonia y Gre-

cia que está lejos de resolverse y que enturbia de forma notable las posiciones al respecto de esta cuestión histórica.⁴ Tales intenciones, unidas a la dificultad inherente a cualquier estudio sobre los orígenes, convierten el debate sobre la etnicidad de los macedonios en un dilema casi inescrutable.⁵ Debemos, por tanto, extremar la precaución para recorrer nuestro camino sin caer en la especulación o en una visión sesgada por el presente. Veamos, en primer lugar, qué nos dicen las fuentes históricas sobre la etnicidad de los griegos, en general, y la de los macedonios, en particular.⁶

La cuestión macedonia adquirió un papel destacado en el debate público durante el siglo IV a. C., pero no era una novedad en el panorama heleno. Antes de ese momento encontramos diferentes testimonios que podrían interpretarse en favor de una u otra tesis: desde Heródoto, que se muestra receptivo a considerar helenos a los macedonios, hasta el sofista Trasímaco de Calcedonia (459-400 a. C.), quien llega a afirmar que algunos griegos se sentían cómodos bajo el yugo del «bárbaro» Arquelao, uno de los más destacados reyes macedonios. En esta misma línea, Hecateo de Mileto asegura que buena parte del norte de Grecia estaba habitada por bárbaros.⁷ Para los persas, sin embargo, todos los moradores de la Hélade recibían el nombre de *yauna*, término que podría referirse a los jonios, si bien es cierto que distinguían entre los *yauna* y los *yauna takabara*: los primeros vivían cerca del mar y los segundos hacia el interior.⁸ Se ha pensado que estos *takabara* recibían tal apelativo en referencia a sus sombreros con forma de escudo, una posible alusión a la *kausia* macedonia, cuyo origen no está exento de polémica historiográfica.⁹

De regreso a las fuentes griegas, resulta llamativo que geógrafos antiguos de la relevancia de Pausanias o Estrabon sacaran a Macedonia de sus descripciones del territorio griego;¹⁰ sin embargo, nadie planteaba dudas, por ejemplo, sobre la helenidad de los epirotas o los acarnanios, pueblos del norte con rasgos culturales semejantes a los macedonios.¹¹ En esta misma línea, se reprocha a Macedonia su medismo, pero no con la misma intensidad que a otros griegos que apoyaron a los persas, por ejemplo los tebanos, que llegaron a ser aliados de Atenas contra Filipo.¹² Herodoto define en un fragmento de su Historia lo que une a los griegos: «la misma sangre, la misma lengua, santuarios y sacrificios comunes, costumbres y hábitos semejantes».¹³

CAPÍTULO 8

EL EJÉRCITO DE FILIPO

La mayoría de los testimonios históricos que hemos conservado se refieren a los ejércitos de Alejandro y sus sucesores, y poco más es posible decir en relación con las fuerzas desplegadas por Filipo, una carencia de información que podemos extender también a la táctica militar. Sabemos que la unidad mínima de organización de la infantería era la *dekás*, un grupo de 10 hombres que pasó a estar integrado por 16 antes de tiempos de Alejandro Magno; la noticia aportada por Frontino sobre la limitación de un sirviente por cada diez hombres que estableció Filipo al comienzo de su reinado podría ser un postrero testimonio de aquellos pioneros grupos.⁵⁴ Cada *dekás* formaba una fila de la falange en una profundidad equivalente a 16 soldados, y un total de 32 *dekádes* formaban un *lochos* de 512 hombres dirigidos por un *lochagos*. Podían formar a una distancia de un metro unos de otros (*pyknos*) o bien adoptar una formación de escudos cerrados (*synaspismos*) por lo general defensiva, con lo que se reducía la separación entre hombres, probablemente hasta la mitad.⁵⁵ Una agrupación de tres *lochoi*, es decir, 1536 hombres, formaba un regimiento completo o *taxis*, al frente del que estaba un taxiarca; en tiempos de Alejandro, el núcleo del ejército estaba formado por 12 *taxeis*, de las cuales solo la mitad llevó a Asia.⁵⁶

El grueso de estos regimientos procedía de levas regionales, que solían estar bajo el mando de un aristócrata local; conocemos los casos de unidades formadas de forma íntegra por orestios o lincestios. Constituía una forma de incrementar la competitividad en el seno del ejército.⁵⁷ La caballería se organizaba de una forma similar: la unidad mínima era la *tetrarchia*, formada por 49 jinetes al mando de un *tetrarchés* o tetrarca; cuatro tetrarquías formaban una *ilé* de 200 hombres,⁵⁸ salvo en un caso: la *ilé basiliké*, el escuadrón de caballería pesada dirigido por el propio rey, que podía sumar 300 jinetes.⁵⁹ Cada dos o cuatro *ilai* formaban una *hipparchia*, al frente de la que estaba el hiparco. La caballería que acompañó a Alejandro a Asia estaba integrada por 8 escuadrones territoriales.⁶⁰ No estamos, sin embargo, ante una estructura es-

table, pues esta organización evolucionó con el paso del tiempo y, dado que los testimonios que nos han ayudado a reconstruir el escenario táctico macedonio son muy posteriores a los hechos relatados, resulta de una complejidad extrema determinar cómo se organizó el ejército de Filipo.

Entre los lamentos de la *Tercera Filípica* de Demóstenes hay una referencia que nos permite completar la descripción de su ejército: refiere que, una vez que el monarca teménida caía sobre una ciudad, instalaba sus máquinas de guerra y la asediaba.⁶¹ Es posible que el testimonio del orador ateniense sea el despertar de los griegos a la guerra de asedio mecanizada. Tenemos

constancia de que Pólido de Tesalia, el primer ingeniero militar del que han llegado noticias trabajó para Filipo mientras sitiaba Bizancio en el 340 a. C.⁶² Unos años antes, durante el asedio de Anfípolis, Diodoro refiere que, al constatar la feroz resistencia de sus habitantes, el rey macedonio «trajo máquinas de guerra contra los muros y lanzó duros y continuos ataques, derribó con los arietes una parte del muro, y penetró en la ciudad a través de la brecha».⁶³ Pero la poliorcética requiere también de otros recursos, desde el ingenio hasta el soborno: relata Frontino que en el asedio de cierta ciudad

costera, hizo construir torres de asedio sobre tablas de madera que se soportaban entre dos naves, de manera que avanzó sigilosamente hasta los muros por el mar, mientras que por tierra distraía a los defensores atacando con otras torres.⁶⁴ Conocedor de la naturaleza humana, Filipo sabía que el oro era también un fabuloso instrumento para derrumbar muros. Demóstenes recrimina en su cuarto discurso contra el macedonio la gran cantidad de traidores que había cosechado entre los griegos gracias a los sobornos;⁶⁵ sin embargo, este método no le sirvió para esquivar el fracaso en dos penosas tentativas de asedio, en Perinto y en Bizancio. Sería su hijo, Alejandro, quien acabaría de pulir el ingenio poliorcético de su padre.⁶⁶



CAPÍTULO 10

REYES CARISMÁTICOS

En efecto, Filipo no agasajaba de forma altruista; en palabras de Brian Bosworth, «no todos los que recibieron dinero de Filipo fueron desleales, pero pocos pudieron ser indiferentes».¹⁰ El objetivo de su política diplomática era tender lazos personales que favorecieran sus propósitos estratégicos.¹¹ Proporcionar una generosa hospitalidad, ofrecer regalos o prestar favores formaban parte de los recursos que el rey desplegaba sobre la mesa para ganarse el favor de sus vecinos; recursos que, por otra parte, hundían sus raíces en la época arcaica y no eran privativos del mundo macedonio. Cuando Demóstenes critica la proximidad entre Filipo y Esquines utiliza dos términos: por un lado, *philia*, que se refiere a una relación de amistad de carácter general, en la que se imponen ciertas obligaciones entre ambas partes; y por otro, *xenia*, una palabra de sentido más concreto, pues se refiere al marco de relaciones entre individuos particulares de diferentes comunidades.¹² De este segundo término procede otro con el que se define un modelo especial de relación entre Estados, la *proxenia*, y por el que los contactos diplomáticos en la antigua Hélade solían adquirir una relación singular de carácter formal a través del establecimiento de lazos entre gobiernos y personas que velaban por sus intereses en el seno de otro Estado.¹³ El *próxeno* era, literalmente, el que actuaba en favor del extranjero (*xenos*) y desempeñaba sus funciones a cambio de ciertos privilegios y recompensas, que le eran dispensados por las autoridades de la ciudad que les había elegido como representantes. La *proxenia* constituía, en cierto sentido, una evolución del sistema tradicional de hospitalidad, institución cívica de carácter sagrado, custodiada por Zeus *Xénios*, que se basaba en el establecimiento de estrechos lazos de relación entre familias que se asistían mutuamente en caso de viaje o desplazamiento.¹⁴



Dado que en el ámbito macedonio el rey era la encarnación misma del Estado, la institución de la *proxenia* debe considerarse, en realidad, desde una perspectiva personal, lo que nos devuelve al ámbito de la *xenia*. De este modo se establecen lazos de ayuda recíproca, relaciones hereditarias entre familias y todo un sistema de favores que tienen en la cortesía su principal fuente de inspiración.¹⁵ Una sintonía que podía suponer no solo el intercambio de pequeños detalles o servicios, sino también ayuda política o, incluso, apoyo militar.¹⁶ Es indudable que la relación entre argéadas y alévadas se basaba en este marco de relación tradicional en el mundo griego: familias aristocráticas que se prestaban asistencia mutua en caso de necesidad. Si bien Filipo se encontraba más cómodo en contacto con las elites, no despreciaba el trato con cualquier persona que pudiera servir a sus propósitos.

La cortesía del rey constituía un rasgo distintivo de su personalidad. Diodoro subraya esta virtud en el comienzo de su libro XVI: «en las relaciones era agradable y mediante regalos y promesas impulsaba a la mayoría a una disposición excelente».¹⁷ Tras la captura de Olinto, el historiador siciliano refiere que Filipo organizó una fiesta olímpica en honor de los dioses, ofreció sacrificios y «a muchos regalaba copas en los brindis, concedía regalos a no pocos y hacía con amabilidad grandes promesas a todos, tuvo a muchos deseosos de tener amistad con él».¹⁸ El rey demuestra una notable habilidad para decir lo que todos querían escuchar.¹⁹ Semejante magnanimidad queda patente en otros fragmentos del corpus demosténico, en los que la sombra de la traición se cierne sobre una variada gama de personajes de la escena ateniense en particular y griega en general que fueron agasajados por el rey macedonio.²⁰

CAPÍTULO 15

LA PAZ NO ES SUFICIENTE

Una vez pacificado el territorio griego, aunque solo fuera en apariencia, Filipo regresó a su reino para acometer tareas de gobierno pendientes. Consciente de la necesidad de consolidar la gran cantidad de territorio conquistado, emprendió un intenso programa de política demográfica. Justino da cuenta de que después de regresar a Pela tras la conclusión de la Guerra Sagrada, el rey macedonio acometió una serie de reformas que afectaban a la población:

Lo mismo que los pastores llevan a sus rebaños a pastos distintos, según sea invierno o verano, así él traslada los pueblos y las ciudades a su capricho, según le pareciera que un lugar debía ser repoblado o despoblado. En todas partes el espectáculo era lamentable y semejante a la destrucción. Es verdad que no había el habitual terror al enemigo ni carreras de soldados por la ciudad ni estrépito de armas ni pillaje de bienes y de personas, pero sí una callada tristeza y duelo por temor a que las mismas lágrimas se consideraran resistencia [...] A unos pueblos los pone en las fronteras mismas frente a los enemigos, a otros los coloca en los límites últimos del reino; distribuye algunos prisioneros de guerra en el repoblamiento de ciudades. Y así, de muchas razas y naciones hizo un solo reino y un solo pueblo.¹³

Justino recoge el testimonio de Pompeyo Trogo quien, a su vez, lo toma de Teopompo. El historiador romano describe un dramático panorama de desarraigo: cientos, quizás miles, de personas fueron alejadas de sus hogares, separadas de sus templos de culto y de las tumbas de sus antepasados. Un panorama ciertamente desolador para un griego, pero quizás no tanto para gentes habituadas a la trashumancia, como eran buena parte de los macedonios, aunque esta política demográfica no dejó de ser un foco de inestabilidad interna.¹⁴ Resulta inevitable recordar en este punto el discurso que Alejandro Magno dirige a sus soldados amotinados en Opis:¹⁵

Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas allá en los montes, ovejas que tenáis que guardar (y no siempre con éxito) de los ilirios, tribales y vuestros vecinos tracios. Fue Filipo quien

os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros, de suerte que pudierais vivir confiados, no tanto en la seguridad de vuestras fortalezas del monte, como en la capacidad de salvaros por vuestros propios méritos. Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo útiles.¹⁶

Sendos testimonios, más allá de su carácter retórico, dan cuenta de desplazamientos masivos de población desde el campo a la ciudad. El relato de Justino aporta, además, un dato interesante: su ubicación final en las fronteras, una situación que no es una novedad en la historia de Macedonia.¹⁷ Tras la toma de Olinto, parte de sus territorios fueron entregados a macedonios y de ello cabe deducir que sus habitantes de origen fueron deportados a otras partes del reino. No obstante, por alguna razón, quizá debido a una mayor intensidad en esta época, Justino sitúa estos movimientos migratorios en 346-345 a. C.

No se trata de traslados caprichosos, como sugiere esta fuente, sino de medidas encaminadas a reforzar las fronteras, controlar las vías de comunicación más importantes del reino, desactivar la resistencia de territorios conflictivos –la Alta Macedonia o la península calcídica– y establecer nuevas colonias desde las que explotar los recursos de las recientes anexiones.¹⁸ Las zonas objetivo de estos movimientos poblacionales pudieron ser diversas: la frontera noroeste, para proteger la cuenca del río Nesto; las proximidades del golfo Pagasético, al sur de Magnesia; la costa del monte Pangeo, Perrebia, las estratégicas y fértiles tierras de los lagos Licnitis y Prespa, y el valle del río Axio. Justino calla sobre el destino final de las poblaciones autóctonas: podemos inferir, como ocurrió en el caso de Olinto, que fueran trasladadas a otras partes del reino o que quedaran sometidas de alguna manera a la población macedonia para dedicarse al cultivo, la ganadería o la explotación de otros recursos naturales. Estas ciudades contribuyeron a sedentarizar amplios contingentes de población macedonia de las montañas con el objeto de tejer una red que contribuía de forma notable a la vertebración del reino, para el que no solo generaban importantes beneficios económicos, sino que también proporcionaban un buen número de nuevos soldados para el ejército.¹⁹

CAPÍTULO 18

EL RETORNO DE LOS HERÁCLIDAS

La victoria de Queronea permitió a Filipo concretar acuerdos con otros Estados y pueblos griegos.¹⁸ La mayor o menor benevolencia de las condiciones dependieron, en primer lugar, y como es lógico, de la belicosidad que habían mostrado hacia Macedonia; en segundo lugar, y más importante, de factores estratégicos, ya fueran políticos, militares o comerciales. Mégara, por ejemplo, que había apoyado a la coalición tebano-ateniense, se rindió tras la derrota sin ofrecer resistencia; no conocemos los términos del acuerdo de paz, pero la ciudad pasó a tener representantes en Delfos en el otoño de 338 a. C., lo que sugiere que su autonomía fue respetada.¹⁹ Fócide, que había sufrido un amplio y severo repertorio de sanciones tras la Tercera Guerra Sagrada,²⁰ era considerada por Filipo como un contrapeso perfecto a la influencia tebana, de manera que impulsó una política favorable hacia su otrora enemiga: se redujeron de forma progresiva las multas impuestas tras la ocupación y saqueo del santuario délfico, se reconstruyeron sus ciudades y se establecieron partidarios de Filipo en la mayoría de ellas. Si bien es cierto que Pausanias señala que fueron atenienses y tebanos quienes ayudaron al resurgimiento de la Fócide contribuyendo a fortificar y repoblar algunos enclaves estratégicos antes de la batalla de Queronea, también lo es que el geógrafo parece referirse a las ciudades situadas al norte y el este del Parnaso, como Ambroso o Parapotamios, que estaban bajo su control. El resto de *poleis* debía de estar dentro de la esfera de influencia macedonia.²¹

Filipo no dejó pasar la ocasión de introducir reformas en el Consejo Anfictiónico de Delfos, cuyo control le había abierto las puertas de Grecia Central. Para mejorar su administración estableció en 339 a. C. un nuevo nivel de supervisión financiera en la figura de los *tamíai*, tesoreros que controlaban el trabajo de los *naopoioi*, lo que significa que seguían acometiéndose obras en el recinto del santuario. El tesalio Dáoco, uno de sus aliados, erigió un grupo de estatuas que representaba a toda su familia cerca del área de culto de Neoptólemo y, junto con Trasideo, pudo ser uno de estos nuevos administradores. Filipo reforzó el papel de Delfos en la gestión de los asuntos griegos, convirtiéndolo en uno de los centros de referencia de su política panhelénica;²² con toda probabilidad, el rey argéada presidió los Juegos Píticos que se celebraron tras Que-

ronea e impulsó la reconstrucción del santuario después de los serios daños que había sufrido durante las guerras sagradas.²³

Otro foco de reciente conflicto había sido Eubea. El pulso entre Atenas y Macedonia había tenido una notable repercusión en las ciudades más importantes de la isla y ahora la liga que había impulsado Calias de Calcis se mantuvo intacta, pero controlada por los partidarios de Filipo. Un claro indicio de la supervivencia de esta organización es que representantes eubeos acudieron también a la reunión de *naopoioi* de 338 a. C. Eso sí, los líderes proatenienses de la isla se refugiaron en Atenas, donde recibieron la consideración de ciudadanos. Poco más sabemos sobre la organización política de Eubea tras la victoria macedonia en Queronea, pero es de suponer que Filipo estableció una guarnición en Calcis, tal y como hizo en Tebas, habida cuenta de su posición estratégica para el control de este enclave tan próximo al Ática y Beocia.²⁴

Las fuerzas de control de Eubea no fueron, sin embargo, las únicas que Filipo destacó en puntos clave de Grecia: Ambracia, que ocupaba un lugar preeminente como eje de conexión entre el Epiro, Etolia y Acarnania, fue protegida con otra guarnición, al igual que Corinto, la puerta de acceso al Peloponeso.²⁵ La división política en esta península era evidente: aqueos y corintios habían formado parte de la coalición de defensa organizada por Atenas y Tebas, pero fueron tratados con suavidad. La Liga Aquea, que solo se vio afectada por la pérdida de Naupacto, se mantuvo activa, mientras que Corinto no recibió, que sepamos, ninguna sanción adicional al establecimiento de la guarnición en el Acrocorinto.²⁶ De la situación de Trecén sabemos algo más gracias a la acusación que Hipérides lanzó sobre Atenógenes: según su testimonio, este ciudadano había huido de Atenas antes de la batalla de Queronea, lo que constituía un delito de traición; una vez conseguida la ciudadanía de Trecén, se puso en contacto con Mnesias de Argos, aliado de Filipo, para que le ayudara a impulsar un cambio de gobierno que se saldó con el exilio en Atenas de parte de la facción contraria.²⁷ Parece que, gracias a esta maniobra, Trecén pudo mantener su autonomía respecto a Argos tras la victoria macedonia, pues siguió participando en las reuniones délficas.²⁸

EPÍLOGO

Filipo heredó un reino en decadencia, debilitado por las incesantes luchas dinásticas y apuntillado por la derrota de Pérdicas III ante los ilirios. A lo largo de sus veintitrés años de gobierno, lo convirtió en el Estado más pujante de la Hélade, creando una potencia militar, política y económica de primer orden, y sin su legado, la historia de Alejandro habría sido muy diferente.¹¹ Sin embargo, Macedonia no era una balsa de aceite: la integración de Lincéstide, Elimea, Oréstide y Tinfea, los cantones de las tierras altas del reino, había requerido de medidas extraordinarias para mitigar la tradicional influencia de estos territorios, acostumbrados a vivir con cierta autonomía.¹² Desplazó a pueblos y grupos étnicos de sus lugares de origen a otras zonas del reino, en especial en tierras de frontera, lo que favoreció el desarraigo y, en ciertos casos, constituyó una fuente adicional de inestabilidad. Amplió el cuerpo de elite de los *hetairoi* atrayendo a personas procedentes de otras partes del mundo griego; del círculo más próximo de amistades de Alejandro, tres no eran macedonios: Nearco era natural de Creta, mientras que Erigio y Laomedonte lo eran de Mitilene, y esta circunstancia sugiere que sus padres se habían trasladado a la corte de Filipo; también tenía origen foráneo Éumenes de Cardia, su secretario más importante.¹³ Estos personajes no tuvieron un encaje sencillo en el reino debido a las reticencias de la muy conservadora nobleza macedonia.

Además de estas medidas, el argéada introdujo un sistema de remuneración y recompensas a través de concesiones territoriales que generó una clase media terrateniente con la que garantizaba la lealtad de sus soldados, pero aumentaba el descontento de la nobleza, que sentía un retroceso cada vez mayor.¹⁴ Por si fuera poco, instituyó la figura de los Pajes Reales, la mayoría jóvenes procedentes de estos cantones que, al mismo tiempo que se formaban al servicio del rey, servían de rehenes para mantener controladas a sus familias. Se puede decir que Filipo impuso una nueva unidad, cuyo eje vertebrador fue su incontestable autoridad, catalizada por un poderoso ejército;¹⁵ Edmund Burke y Richard Billows llegaron a asegurar que Macedonia, en la

práctica, no era otra cosa que una gran fuerza armada con un Estado.¹⁶ El monarca legó a su hijo un ejército poderoso, experimentado y bien entrenado, en el que la falange de piqueros, unidades de infantería ligera y una poderosa caballería combinaban sus fuerzas para imponerse de forma incontestable en el campo de batalla. Además, el rey macedonio había desarrollado notables avances en el ámbito de la poliorcética, que Alejandro supo mantener y mejorar para alcanzar sus más altas cotas de efectividad en el célebre asedio de Tiro;¹⁷ incluso, se puede afirmar que de los fracasos de su padre en Perinto y Bizancio se fraguó un cambio sustancial en la táctica naval macedonia, que experimentaría un punto de inflexión en el asedio de Mileto.¹⁸ Alejandro tuvo que afrontar el reto de integrar en su antiguo ejército contingentes extranjeros que venían a complementar y reforzar su poder.

La personalidad del rey era esencial en el mantenimiento de este complejo entramado, pero el imbricado sistema que había pergeñado Filipo para controlar los cantones de la Alta Macedonia mostraba algunas grietas. Su matrimonio con Cleopatra-Eurídice, emparentada con Atalo, representante de la nobleza, pudo ser una forma de estrechar lazos con un sector cada vez más distante: recordemos que su asesino Pausanias era natural de Oréstide y los hijos de Aéreo, dos de los cuáles fueron ejecutados, procedían de Lincéstide; demasiadas coincidencias. Así que, muerto el elemento aglutinante, al sucesor no le bastaba con acceder al trono, tenía que demostrar su autoridad: la ejecución de los supuestos sospechosos de la muerte de Filipo fue también, en gran medida, una eliminación sistemática de posibles opositores o, en el caso de Amintas, de candidatos al trono; un reto que, años atrás, tuvo que afrontar su propio padre.

El regicidio no solo agitó los cimientos del núcleo central del reino, pues la desaparición del rey pronto desactivó algunas lealtades. Alejandro se vio en la necesidad de actuar con rapidez, tanto en Grecia como en la frontera norte del reino, donde el cordón de seguridad que su padre había establecido en territorio ilirio y tracio corría el riesgo de desmoronarse.



Contacto y entrevistas:

Guillermo Escribano Jara - Comunicación

Tel. 616 404 434 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

